
Genio y grandeza mexicana

César Moheno

En el inmenso espacio del México antiguo se tejió la urdimbre del mundo mesoamericano como un sofisticado universo cultural. La vida cotidiana de sus hombres y mujeres estaba atada a lo sagrado. Ellos transformaron el paisaje para construir ciudades que aspiraban a competir con el pino, la ceiba y la caoba. Su perfección alcanzó la maestría. Los frutos de tal sabiduría nos hablan de un pueblo que sometió al azar: dominó sus aristas, controló sus tropiezos, manejó sus incertidumbres. Los rumbos de los vientos, los colores, las plantas, los animales, todo estaba cargado de un sentido que regía cada instante de la existencia.

Escuchemos sus nombres. La Venta, ciudad olmeca, raíz y origen: el jaguar y la serpiente comienzan a regir como signos de la renovación de la vida; la inmensa Tula, eje cultural que irradia su grandeza; Teotihuacan, ciudad donde los hombres se convierten en dioses; Xochicalco, Uxmal, Palenque, Monte Albán, Chichén Itzá, iconos de la cultura mexicana, son espacios cargados de sabiduría.

En Mesoamérica se prendió la chispa que propició el paso del estado de la naturaleza al estado de la cultura, para crear una civilización originaria que creó la gramática de la belleza universal. En su lienzo del tiempo se despliegan los gestos, los colores, los trabajos, la esperanza, los ideales en los que se ha modelado el rostro de los hombres y las mujeres de la cultura mexicana.

Allí encontramos una escritura colmada de prodigios, signos ritmados por los motivos de la fe en el destino de la vida en común. La convivencia con los elementos naturales, articulada en mitos, en símbolos de piedra y barro, aseguraron nuestra ancestral sensibilidad para trascender la tiranía del agua y el imperio de la tierra, del fuego y del viento.

El hombre del México antiguo creó un horizonte en el valle central del altiplano. Dio nido a la penumbra, movimiento al color. Descifró el lenguaje de los cuatro elementos, y ya en escultura, en edificios o en palabras, nos hizo ver el alma de las cosas supremas. Encontró la forma sublime de alargar los ocasos para alcanzar al sol.

El paisaje del valle en el altiplano de Mesoamérica estaba presidido por el Iztaccíhuatl, por el Popocatepetl y por el agua. La región más transparente del aire era, en tiempos primordiales, un enorme lago, real mosaico de agua, de lagunas. Al filo de los tiempos cada uno de estos cuerpos de agua recibió el nombre de la más notable población erigida en su cercanía. Así rezaba el caudal de letanías nombrando al lago de Texcoco, al de Chalco, al de Xochimilco, al de Zumpango. En los tiempos de lluvia, el primero vertía sus linderos sobre sus hermanos menores, convirtiendo al valle en un inmenso espejo de agua, ombligo del mundo.

A este mítico paisaje, en el año 1 pedernal, el 1111 de nuestra era, de acuerdo con los cálculos de don Miguel León-Portilla, iniciaron los aztecas su peregrinar desde Aztlán, lugar de garzas, lugar de blancura. Al cabo de aguaceros, largas caminatas, fiebres, siembras efímeras, urgencias de defensa, encontraron los intersticios en los que se suelda la relación del hombre con su entorno. En la cumbre del Coatepetl, cerca de Tula, encontraron lo que hay detrás del espejo de la imagen: la luz que le permite vivir a nuestros mitos, las sombras que permiten la continuidad de la vida. Allí encendieron por vez primera el fuego nuevo. Allí nació Huitzilopochtli, señor y dios de la guerra que llegó al mundo para combatir

al enemigo. Ellos mismos se dieron el nombre de mexicas. Allí es el origen del pueblo que nació para el combate, pueblo guerrero que ya desde esos tiempos primigenios buscó tributos. Pueblo que dominará al mundo gracias a la xiuhcóatl, la serpiente de fuego, el rayo matutino que disipa las tinieblas de la noche.

Los mexicas siguieron su andar en una ruta que pasó por Atitalaquia, Tlemaco, Atotonilco, Apaxco, Zumpango, Xaltocan, Ecatepec, Tulpetlac, Tepeyac, Pantitlán, Tenayuca, Azcapotzalco, Popotla, Acolnáhuac, Chapultepec, donde se asentaron durante casi una vuelta del ciclo solar, para que, a través de los siglos, alcanzaran su destino entre los dioses y fundaran la gran ciudad de México-Tenochtitlan. Caminaron siguiendo la luz de su dios tutelar Huitzilopochtli, y así, al llegar al valle, encontraron el signo de su vida futura: un águila erguida sobre un nopal y devorando una serpiente en el centro del lago de un lugar colmado de belleza. Al cabo de estaciones y acechanzas, guerras perdidas, mortandades sin fin, en ese lugar sagrado, el 13 de abril de 1325, un eclipse marcó el símbolo de la fundación de Tenochtitlan. Una vez más el Sol Huitzilopochtli vencía a la Luna Coyolxauhqui para dar paso a una vida cuyo ritmo congrega lo florido del día con el fruto nocturno.

Desde su llegada los mexicas coexistieron con los señoríos asentados en las ciudades de Azcapotzalco, de Texcoco, de Huxotlan, de Culhuacán, de Coyoacán, de Iztapalapa, Xochimilco, Míxquic, Tenayuca, Xaltocan, que ya habían iniciado el dominio del paisaje. Esa vida en común subraya a la diversidad como el rasgo más sobresaliente de la convivencia en nuestra ciudad.

Los peregrinos en busca de tierra, últimos invitados al universo de los lagos del valle de México, los mexicas, asentaron sus reales luchando contra todos los elementos y contra todos los pueblos del Anáhuac. Una vez establecidos en el islote central se dieron a la tarea de ennoblecer su estirpe. El primer tlatoani, líder supremo primigenio fue elegido entre los pillis de Culhuacán para asegurar el linaje tolteca. Los mexicas emparentaban así con Tula, el gran tronco civilizatorio mesoamericano.

Así vencieron a los tepanecas, la otrora nación más poderosa del valle. De las cenizas y ruinas de Azcapotzalco surgiría el pueblo mexica en nuevo resplandor. Muy pronto, en 1337, fundaron Tlatelolco, ciudad gemela, ciudad espejo, y menos de un siglo después, en 1428, aliados con Texcoco y con Tacuba en lo que llamaron la Triple Alianza, iniciaron la expansión del poder económico y cultural de Tenochtitlan hacia los cuatro rumbos cardinales del territorio de su época.

Gracias a los trabajos de Eduardo Matos Moctezuma y de su equipo sabemos que en la organización de México Tenochtitlan se mantiene una planeación que se relaciona no sólo con lo cotidiano, sino que obedece, en su orientación y su distribución, al conocimiento de la bóveda celeste y a los recurrentes caprichos de la naturaleza.

Aquí, los hombres del agua encontraron una forma inteligente de volverla mujer benefactora. Así surgieron la sabiduría y la técnica para separar el agua salada y el agua dulce, para construir la ciudad en cuatro cuadrantes, teniendo como ejes cuatro monumentales canales y calzadas que a la vez se originan y convergen en la gran plaza sagrada. Cada una de ellas orientadas a los rumbos del universo: la del Tepeyac al norte, la de Iztapalapa al sur, la de Tacuba al poniente, y otras de pequeñas dimensiones al oriente. Planeada así, México Tenochtitlan es una imagen del cosmos, y su centro, el Templo Mayor, se convierte en la representación del axis mundi, eje del mundo, centro del universo.

Queda sembrado así el alfabeto que nos permite leer la ciudad. En su centro se yergue un espacio sagrado donde viven los dioses y sus sacerdotes; y sobre los cuatro rumbos se siembra la habitación de los hombres, sean nobles o del común. En su máximo esplendor, Tenochtitlan es una ciudad de ciudades que cobija a más de cien mil habitantes. Los trabajos y los días se organizan de acuerdo con el calendario ritual. Es incesante el trajinar de hombres, mujeres y productos en parcelas y canales.

El agua potable la traían de los manantiales y las albercas de Chapultepec gracias al perspicaz talento mexica, que construyó un acueducto con un doble canal de argamasa que permitía llevar el agua hasta los linderos de Tenochtitlan y, desde allí, repartirla directamente a las casas o llevarla a lomo de personas a los predios alejados. La sagaz idea del doble canal permitía usar uno de ellos mientras se desasolvaba el otro.

La clave de esta peculiar gramática del control de la naturaleza del lago fueron las chinampas, sementeras que asemejan islas flotantes que florecen gracias al ingenio agrario y a la habilidad en el manejo del agua del pueblo mexica. La simiente de las islas se enraizaba con troncos de ahuejotes que, al tiempo, presumían el verdor de sus retoños hasta que se convertían en los alargados árboles de fronda menuda que hasta hoy son el alma del paisaje.

Sumando afares y paciencia, los hábiles campesinos mexicas entretejieron en el agua un armazón con varas y carrizos hasta lograr la cerrazón del espacio rectangular establecido con los cuatro troncos de ahuejotes. Así, maíz, calabaza, frijol y guajolotes tienen en el calendario su simiente.

Pero las familias se sumaban en calpullis, grupos de parientes de ancestros y divinidades compartidos. Eran comunidades amplias emparentadas por linajes que, además de su trabajo agrario, compartían oficios especiales sobre los que se organizaban el espacio y la geografía de la gran Ciudad de México. La vida cotidiana de los mexicas estaba atada a lo sagrado. Los rumbos de los vientos, los colores, los nacimientos, la crianza, las plantas, los animales, la muerte, todo estaba cargado de un sentido que regía cada instante de la existencia.

Construida por siglos, la sabiduría de los mexicas creó un sistema de representaciones simbólicas inconfundible, que elaboró excelentes piezas de arte en escultura y alfarería, que realizó observaciones astronómicas, que inventó un sistema calendárico muy preciso y que además levantó maravillosas obras de arquitectura.

El prodigio arquitectónico de la ciudad está hecho para asombrar a todo hombre o mujer que pise sus calzadas y sus plazas. La majestuosidad de sus edificios nos recuerda que el tiempo envuelve a todos los seres en su manto de doble signo. Las cresterías que pretenden alcanzar el cielo, la decoración modelada en colores, la creación de altares y esculturas, son los elementos con que la arquitectura compite con la exuberancia de lo que fue su entorno y su paisaje.

Leonardo López Luján nos ha explicado con claridad que los símbolos de los dioses tutelares se encontraban en todos los parajes. Casi todas sus representaciones escultóricas estaban dotadas de un corazón, cavidad donde estaba depositada la esencia de la divinidad como alegoría que le otorgaba vida a los atributos del dios.

Los mexicas crearon la Piedra del Sol entre sus obras de mayor grandeza y significado, labrándola de basalto olivino y pintándola de azul, rojo y oro. En la escultura monumental se nos cuenta el mito de la creación del pueblo mexica por sus dioses, cuando llegó a la vida el Quinto Sol, cuando el gran astro del mundo se alimenta de los corazones a él sacrificados y, por fin, no detiene su andar infinito por el firmamento. De ese movimiento perpetuo del Quinto Sol nace el hombre nahua, que en permanencia será dotado del maíz como alimento.

La doble naturaleza de la Coatlicue recuerda que vida y muerte, nacimiento y sacrificio son una sola esencia. Círculo perfecto de la energía del mundo representado en esta mujer, águila, serpiente, con falda de maíz, collar atado en calavera. Mujer diosa, mujer madre, mujer tierra.

La Coyolxauhqui es movimiento pintado en rojo, en oro y en azul, es un círculo que concentra. Sobre ella caían los sacrificados en la cúspide del Templo Mayor. Al tocar la superficie de piedra de la diosa, en ella misma se transfiguraban para cumplir el destino de los guerreros capturados en combate: con su corazón se alimentaba al Sol, Huitzilopochtli.

La Tlaltecuhltli es Gran Señora de la Tierra, progenitora y, a un mismo tiempo, devoradora de todas las criaturas del universo mexica. En su representación de andesita pintada en rojo, negro, amarillo, azul y blanco es fuente que permite mantener el universo con vida. De ella nacieron el orden, las plantas, la humanidad; dadora de la fertilidad que al haber sido muerta, explota de vida. Ser devorador que nutre y hace vivir la tierra que, con el Sol, se reparte el imperio del mundo. Ella traza el círculo perfecto de los mexicas en el que la vida engendra a la muerte y de la muerte renace la vida.

Para ello encendían cada 52 años el fuego nuevo en el cerro de Uixachtlan, el cerro de la Estrella. Allí hacían renacer el tiempo invitando al Sol a iniciar su nuevo ciclo. Del pecho de un cautivo se encendía el fuego ritual que, al prender en gran fogata en la punta del cerro, como inmediato espejo se encendía en todos los rumbos de la metrópoli mexica.

La gran ciudad de México Tenochtitlan fue instaurada por los mexicas como un sofisticado universo cultural. Construida en apenas dos siglos, su organización social concibió un sistema de poder propio de una metrópoli. La expansión de su dominio fue vertiginosa. Su fuerza guerrera y la exigencia de tributos le hizo mantener el control sobre casi todo el territorio del México antiguo. Sus rasgos culturales fueron rápidamente compartidos y vivieron en florecimiento permanente.

Los espacios creados por los mexicas conmueven. La arquitectura alcanza las formas tutelares de la vida. Todo en la ciudad está hecho para engrandecer al hombre, y los relieves y las esculturas se yerguen para glorificarlo. Estableciendo las reglas en el inmenso juego del tiempo, buscando con permanente afán a la divinidad, los mexicas de México-Tenochtitlan crearon una señora arquitectura.

Todo el universo mexica que se construyó en tiempos ritmados para esquivar el rayo, dirigir el viento, dominar la inundación y conquistar con mimo el agua culmina en Tenochtitlan. ¿Quién si no podría conmovier los cimientos del cielo?

Al acercarnos a este mundo, dos caras encontramos en su cultura y en su arte: lo aterrador y lo sublime. Impresiona la riqueza y variedad de sus formas expresivas, su arquitectura, su plástica y su literatura. Reflejan a un pueblo joven, atrevido y profundamente religioso; heredero de una cultura milenaria. Sólo en doscientos años, del 1300 al 1519, México-Tenochtitlan se había convertido en ciudad faro del México antiguo.

Su material de ideas conglomeran el espíritu: la tierra, el Sol, el fuego, el agua, el aire, la vida. Hay una geometría cuyo ritmo congrega. El hombre encontró su lugar en este enorme juego de volúmenes. México-Tenochtitlan, la ciudad mexica, es por siempre espejo del amanecer. Su genio y su grandeza descienden el lenguaje de los cuatro elementos, y ya en escultura, en arquitectura o en palabras, comunica el alma de las cosas supremas. La gran ciudad de ciudades, México-Tenochtitlan, es honra del hombre y de su tiempo.